

Víctor Varas Reyes

## Perspectiva en el tiempo

### TIHUANACOLOGIA



COMO en muchos de los países ibero-americanos, la investigación folklórica en Bolivia, está saturada de contenidos arqueológicos y etnográficos. Para nosotros, el folklore correspondiente a las vivencias, supervivencias y neovivencias existentes en las ciudades que en los centros occidentales tiene su propio casillero, aquí está confundido con los tópicos mencionados, ya sea a causa de la vida esencialmente mediterránea, sin la arrollante influencia marcada por una múltiple y constante inmigración, o por otras razones que escapan al propósito principal de este boceto.

De acuerdo con lo expresado, creemos que el hacer una referencia enumerativa de las actividades pre-folkloristas en lo literario, como veloz rodada cinematográfica, debe comprender las etapas de nuestra propia Historia: pasado remoto, incanato, colonia y período republicano.

En el pasado remoto, que corresponde a una ciencia llamada hoy Tihuanacología, tenemos Arqueología pura, con más la persistencia hierática de los estratos humanos en los núcleos de acción.

Realmente, fué inolvidable para nosotros, la visita a las ruinas de Tihuanacu en una excursión exclusiva el 9 de julio de 1927, organizada por los alumnos del Instituto Normal Superior de La Paz. La mente, sobrecogida, remontábase a lejanos milenios, reconstruyendo posibilidades de existencia, organización, capacidad de los constructores y su alcance teleológico. Una llanura yerma, arisca, amarillenta, cuyo suelo, poblado de paja brava, mostraba hoscamente, diseminadas por todas partes, gigantescas piedras, labradas unas, lisas las más tendidas en la superficie como expresando en su mutismo luengo duelo de ignotos siglos. Otras moles megalíticas se erguían en el mismo sitio donde en remotos tiempos colocáronlas solícitos arquitectos, sabios, sacerdotes, severos políticos, dentro de un plan tesonero y audaz. Y haciendo juego, esculturas monolíticas de cuadrada mirada, con manos pegadas al cuerpo hacia delante, por encima de lujoso cinturón, portaban con ellas sendos báculos simbólicos. O arrodillados, en cierto gesto fríamente expresivo, señalaban rutas, incitaban al recogimiento y meditación. O indicando misteriosamente huellas de una gloria perdida por siempre, significaban no desmayar en la obra de supervivencia, como no desmayaron los dirigentes ni los obreros en un trabajo constante de centurias, hasta que cayeron en el sitio por cósmica acción destructiva. Al fondo, y cuadriculando, casucas típicas se esparcían albergando a los modernos moradores.

Por entonces, muchachos inquietos, combinando amenidades con serios libros de estudio, dedicados a describir la ciudad lítica detalladamente y a intentar descubrir los enigmas ocultos para la posteridad, leían ávidamente determinados capítulos en los sitios y ruinas pertinentes, comentando calurosamente los aciertos o errores en la interpretación, mientras castigaba inclemente cierzo. Más tarde conocimos el *scherzo* tamayano de «Los ídolos»:

*En roca azul se labran,  
 Con ojos huecos  
 Auscultan muertos ecos  
 Y se apalabran,  
 El viento muñe,  
 Y un polvo de milenios  
 Sus caras bruñe.*

Y años después, en 1942, nos tocó ver cierta acción artificial—atinada o no—de quienes transformaron la presencia rústica, fiera, primitiva, tan sugerente de antaño, rodeando con verjas y postes, diversos lugares. El monolito denominado «El Fraile», tan familiar para ansiosos excursionistas, estaba preso, circundado por una verja de hierro, de corte moderno. Y así la fortaleza de Akapana. Luego, aquí y allá abundaban huecos más o menos grandes, con muda protesta de la profanada tierra de los mayores...

El examen de tan mundialmente famosas ruinas ha apasionado a hombres de ciencia, turistas, exploradores, artistas, políticos, y toda suerte de curiosos que asomaron ávidos por impresiones de sabor retrospectivo, ya para concebir algo o para guardar como reliquias las emociones producidas.

Retrocedamos cuatro siglos para husmear las primeras evocaciones. El P. Anello de Oliva nos dice que Sinchi-Roca, el segundo de los Incas, pasó a *Chucava* (Chucahua, otro nombre primitivo de Tihuanacu), deteniéndose allí unos días. Garcilaso refiere que Mayta Cápac, cuarto Inca, después de una visita por las provincias de su territorio, redujo a Tihuanacu. Y el escritor mestizo aprovecha de informes proporcionados por Diego de Alcabaca, sacerdote amigo, compañero de estudios en su infancia.

Figuran en primera línea, entre los escritores coloniales que se ocuparon de la pétrea ciudad, Marcos Jiménez de la Espada, Pedro Cieza de León, Juan de Betanzos; Joseph de Acosta,



Garcilaso de la Vega, Reginaldo de Lizárraga, Pedro Bernabé Cobo, P. Gutiérrez de Santa Clara, Anello de Oliva, Pedro Sarmiento de Gamboa y Juan Polo de Ondegardo. Posteriormente, más de una treintena de europeos no españoles, entre los que se cuenta a sabios de renombre universal, han escrito en diferentes idiomas sus estudios e impresiones acerca del carácter, condiciones y posibilidades respecto del pasado lejano, incluyendo la interpretación de los grabados existentes en las enormes piezas labradas, con posiciones contradictorias. Robustas mentalidades americanas también han prestado inteligente concurso. No debía faltar la arista negativa. Hasta ha llegado el caso de que algunos de los tratadistas, sin captar la impresión cósmica en el teatro de sucesos, sin una vivencia psíquica, ni menos haber visto de lejos una excavación, con sólo fatigosa repleción de obras de bibliotecas públicas y privadas, febril examen de cerámicas y tejidos en museos, han adoptado espectacular pose escéptica para confundir a quienes, llevando una vida fervorosa de treinta y cuarenta años respectivamente, en el análisis sobre el terreno, de todo lo que pudiera contribuir a la mayor aclaración de los problemas, haciendo sacrificios pecuniarios, de tiempo; exponiendo su salud en la fría soledad altiplánica de la zona, epilogaron sus afanes con determinadas complacencias, sin embargo del copioso rímero de negaciones, propio de cierta acción ahita de enigmas con enmarañada trabazón.

Entre los bolivianos que han cultivado la Tihuanacología, figuran Manuel Vicente Ballivián, Belisario Díaz Romero, Francisco G. Prada, Arturo Posmansky (nacionalizado), ya desaparecidos, descollando actualmente Federico Diez de Medina, José María Camacho, Alfredo Sanjinés y Carlos Ponce Sanjinés, a quienes se conoce por la publicación de sus trabajos, pero fuera de esta nómina escueta, existen investigadores que no han hecho todavía publicación alguna. El segundo volumen de la Biblioteca Boliviana, auspiciada por el Ministerio de Educación, con el título global de «Tihuanacu» (Imp. Artística, La Paz,

1939), comprende una selección de trabajos relativos a la metrópoli andina, compuestos por escritores europeos, americanos y bolivianos, «a través de un criterio de información».

Dentro de nuestro limitado plan de noticia rápida sobre aspectos concomitantes con lo folklórico y las realizaciones habidas, sólo ofreceremos ligero escorzo, sorteando lo científico y técnico, propio de especialistas. Un somero análisis sobre Tihuanacu en las condiciones anotadas, abarcaría algunas cuestiones importantes que iremos enunciando.

¿Eran autóctonos los tihuanacotas, es decir, aparecieron en la zona al mismo tiempo que el hombre se presentó en la superficie del globo terráqueo? ¿Es evidente que Tihuanacu fué cuna del hombre americano? ¿Qué procedencia tuvieron los constructores de la urbe pétrea?

Indagando lo que se pensó en el pretérito, encontramos la contribución folklórica en lo relatado por hombres de la raza sojuzgada a los conquistadores, a los mestizos, o a sus propios congéneres, ya englobados en el saber de los nuevos amos, con buena fe o con malicia. Así, Garcilaso de la Vega como Phelipe Guamán Poma de Ayala, en «Los Comentarios Reales de los Incas», y en «El Primer Nueva Corónica Buen Gobierno», respectivamente, nos esbozan algo. El primero de los nombrados, evita hacer afirmaciones rotundas, en cuanto a las tierras colombinas, porque «ni las fuerza de un indio pueden presumir tanto», y también porque «la experiencia, después que se descubrió lo que llaman Nuevo Mundo, nos ha desengañado de la mayor parte destas dudas...». Pero conforme la prédica cristiana, indios y mestizos citan la solución bíblica. Así Poma de Ayala refiere que después del diluvio «—mando Dios salir desta tierra (la caldea)—derramar y multiplicar—por todo el mundo—de los hijos de noe destos dhos. hijos de noe uno dellos—trajo dios—a las Ynas. otros dizen que salió del mismo Adán multiplicaron los dhos. ynos. q. todo lo save dios y como poderoso lo puede detener esta gente de ynos. en tiempo de diluvio...».

Arturo Posnansky sostiene que Tihuanacu es cuna del hombre americano. Belisario Díaz Romero postula que los pobladores provinieron de la Atlántida, un continente desaparecido. Ya se refiere a esta hipótesis Pedro Sarmiento de Gamboa en 1572. Paul Rivet afirma la procedencia de la Oceanía, enumerando los elementos australianos, malayos, melanesios, etc., actuantes en el suelo americano. Luego forman grupo los que atribuyen la población de nuestro continente a otras migraciones.

¿Qué origen tuvieron los constructores de la metrópoli andina?

Hay variedad de opiniones al respecto. Para Leoncio Angrand, diplomático francés que estuvo en La Paz, probablemente fueron originarios de México, de los toltecas occidentales o californianos. Otros encuentran analogías con construcciones e ídolos de Oceanía. J. Imbelloni sugiere un origen común, anterior al establecimiento de las poblaciones preincaicas, entre el Norte y el Sur de América, al considerar puntos de contacto y exhibir fotografías. Paul Rivet compara la obra prehispánica de América del sur con elementos similares de Centro América. Por su lado, el Coronel Federico Diez de Medina afirma el origen aimará, otros el quechua y algunos atribuyen la obra a los antepasados de ambas razas, llamados, respectivamente, kollas y aruwakes.

¿Cuál es el nombre efectivo de la lítica ciudad preincaica?

El doctor José María Camacho («Tihuanacu», cap. IV, «Boletín de la Soc. Geogr. de La Paz», junio de 1920), presenta a grupos de escritores y etimologistas que han tratado de explicar el origen autóctono de la palabra y su significado, tanto en quechua como en aimará, considerando también otros nombres posiblemente más antiguos del pueblo pétreo, anotación completada por el Coronel F. Diez de Medina («Tiwanacu y Chuquiapu o Chukiagu», «La Razón», La Paz, 20-X-48), a la que agregamos algunas más.



Respecto al origen o derivación quechua, señala Camacho dos etimologías principales:

1.<sup>a</sup> Se compone de *tiay*, de *tiacui* (sentarse) y de *huanacu* (*au-chenia huanacu*).

Tiahuanacu: «Siéntate, guanacu» (Garcilaso de la Vega).

2.<sup>a</sup> De *tia*, corrupción de *tiya* o *tilla* (luz) y de *huanuc*, de *huañu* (morir).

Tiihuanuc: «Luz moribunda» (Vicente Fidel López).

Tia huañuc: «Muertos sentados» (R. Cúneo Vidal).

Justificando la derivación aimará se tiene:

De *ti wan* (de Dios es) y *aca* (pronombre esto).

Tiwanaca: «De Dios es esto» (Emeterio Villamil de Rada).

De *thia* (borde, ribera) y *huañako* (desechado).

Tiahuañako: «Borde desechado» (José Rosendo Gutiérrez).

De *Inti* (Sol) *huahuan* (hijos) *jake* (hombre)

Tihuanjaku: «Hombres hijos del Sol» (Carlos Bravo).

De *thia* (costa) *huaña* (seca) *jake* (hombres)

Thiahuañajake: «Hombres de la costa seca» (Isaac Escobari).

De *titi* (jaguar) *huahua* (hijos) *apu* (del)

Titihuahuanacu: «Los hijos del jaguar» (Belisario Díaz Romero).

De *tiy -huaña- cu*: «Viviendas subterráneas desecadas» (Juan Durand).

Sufriendo cambio de una letra y los apócopeos típicos del aimará:

*tiwana* (piedra parada); *tiwanaka* (pl. «piedras paradas»)  
*Tiwana -akan* (¡aquí -están- las piedras paradas!). Posible exclamación jubilosa lanzada por los kolla-aimaráes, al regresar al pueblo de sus antepasados y ver las pilastras erguidas (Coronel F. Diez de Medina).

Thiahuanacu: (el Huanacu que está cerca o al lado del origen) (el Huanacu muy lejos, en el fin, o en el término del mundo) (Primer Huanacu del mundo cuyo origen está en la Vía Láctea) (Leo Pucher, basado en Ludovico Bertonio, Diego González de Holguín).

En el idioma preincaico desaparecido:

De *tiahua* (agua primitiva o leche); *huana* (lluvia); *jaku* (leída inversamente como *ukay* (agua). (Rodolfo Falb).

Como nombres distintos al ya conocido, cítanse:

Chucahua (Chucava) P. Anello de Oliva.

Taypicala: «La piedra de en medio» (P. Bernabé Cobo).

Huiñaymarca: «Ciudad antigua o eterna» (Arturo Posnansky).

Huayna marca: «Ciudad nueva» (Fernando de M. Sanjinés).

Ayar Apu: «Capitana aimará» (Baltasar de Salas).

Tanto Posnansky como el Coronel F. Diez de Medina, dividen el desarrollo de la cultura en cinco épocas y períodos, comprendiendo desde la etapa primitiva a la de culminación o apogeo, la de decadencia y por último, lo correspondiente a la dominación incaica, con variaciones de detalle, división ya consagrada. Tanto los escritores de la colonia como los inmediata-



mente siguientes, recurrieron al dato folklórico para indagar el concepto que se tenía de la edad del pueblo. Los pobladores coetáneos declararon lo que habían oído de labios de sus antepasados, respecto a la metrópoli yacente. Para Cieza de León, «esa antigualla la tiene por la más antigua de todo el Perú»; que los incas mandaron construir los grandes edificios del Cuzco tomando como dechado la existente en la derruida ciudad andina, tanto es así que incluso los primeros incas proyectaron hacer allí su capital, en lo que también coinciden el P. Cobo y Antonio Vásquez de Espinosa, fraile carmelita. Garcilaso destaca de entre todo lo subsistente, a la fortaleza artificial (Akapana), al mencionar la conquista de Tihuanacu por Máyta Cápac. Citando referencias tomadas directamente de los aborígenes, Pedro Sarmiento de Gamboa relata que Viracocha dispuso la creación del mundo, desde Tihuanacu, donde ordenó levantar edificios reales para su morada.

Por los pocos antecedentes que citamos ligeramente, se constata la importancia efectiva de la ciudad yacente. En cuanto a la edad efectiva de ella, el problema sigue en pie, no obstante diversos cálculos aproximados que se han hecho. Lo computado por Posmansky (avance de la oblicuidad de la eclíptica) en 10,600 años, mereció comentarios desfavorables.

Contrariamente al propósito firme de sus creadores, la urbe tuvo que sufrir oscura declinación. Según Posnansky, ésta fué motivada inicialmente por cierta inundación, y luego, en el segundo período, por «movimientos tectónicos se rompieron los contrafuertes de lagos situados en mayor altura que el Titicaca, dando salida a una masa líquida hacia él, cuyo nivel aumentaba temporalmente dando así fin, quizás en pocas horas, a la gran metrópoli que estaba situada a pocos metros sobre el nivel de las aguas».

Esto, por lo que corresponde a la contribución nefasta de la acción cósmica. Pero tanto y más que catástrofes o cataclismos, tuvo el hombre participación efectiva en continuar la la-

bor devastadora. Primero son los conquistadores y colonizadores hispanos. Desde el arco de entrada se construyó con materiales extraídos de las ruinas. El templo católico, con el propósito de «extirpar la idolatría», seguramente se edificó en un adoratorio, como se hizo en Copacabana y Cuzco. Jugaron papel principal las grandes piezas pétreas. Se trataba de areniscas rojas en su mayor parte o rocas andesíticas. Las primeras fueron traídas desde Jarihuillki y las segundas, del volcán apagado Khapia, a sesenta kilómetros al Norte de Tihuanacu, traccionándolas con procedimientos no identificados.

Se colocó a ambos lados del arco de ingreso al templo sendas estatuas monolíticas que, posiblemente, representaban una pareja. Era cuestión de facilidad aprovechar los materiales para construcción de viviendas. También se narran pasajes anecdóticos sobre aventuras y chascos de ávidos hispanos, que excavaron el suelo para descubrir riquezas... En la República, durante los tres primeros años de nuestro siglo, utilizaron los constructores del F. C. de Guaqui a La Paz, variedad de piezas. La función científica también cooperó, mas no en sentido de destruir, sino de trasladar las piedras y disponer de tejidos, cerámicas, objetos varios extraídos en afanosas excavaciones...

### ¿Qué fué Tihuanacu?

Los investigadores han trabajado esmeradamente por llegar a conclusiones precisas. Los hay que consideran a Tihuanacu como sede religiosa: lugar de romerías, adonde llegaban gentes de todos los confines, como lo prueban ilustraciones de cerámicas que exhiben razas y vestidos diferentes. Se ha asegurado ser centro de gobierno y punto de confluencia.

Para Posnansky, la metrópoli fué una ciudad de templos y jardines, con clima benigno en su época de auge. José María Camacho fusiona las posibilidades, opinando que «en la hoya del Titicaca, asiento el más antiguo de la humanidad en el nuevo mundo, fué Tihuanacu el centro político y religioso de un gran

pueblo, el más fuerte, sin duda, de cuantos hasta entonces hubo, y el más adelantado, pues que alcanzó un grado de cultura no sólo superior a su época, sino, y esto es lo extraordinario, nunca igualado por todos los progresos que después realizaron los aborígenes de ambas Américas». Como tal, disponía de templos, palacios, observatorios, fortaleza militar, subterráneos. Pero al parecer, carecía de cementerio general, presumiéndose que Sillustani podría haber servido para enterratorio, en vista de las huellas encontradas, así como los túmulos existentes.

Considerables volúmenes se han formado con el examen detallado de todo el contenido de la extinguida urbe. Sólo enumeraremos los monumentos megalíticos que han llamado y llaman la atención desde luengos tiempos. Sorprende y maravilla el templo del Sol, el de la Luna, la fortaleza artificial, los recintos mayor y menor, la escalinata, el observatorio Lucurmata y las estatuas principales: «El Fraile», «La Pachamama», así como las existentes a ambos lados del arco de ingreso al templo católico. Otros monolitos antropomorfos se ha transportado al templete construido al frente del Estadio La Paz. Muchas cerámicas y objetos menudos forman el acervo del Museo Tihuanacu. Esa es la obra legada a la posteridad por los americanos en estado *salvaje*, según la clasificación de W. H. Holmes, presentada en el Congreso Internacional de Americanistas realizado en Stuttgart (1904), que aprecia la elevación cultural desde el presalvaje al ilustrado, culto, iluminado, concediendo al americano el sitio siguiente al de presalvaje...

¿Qué interpretaciones ha merecido la «Puerta del Sol»?

Si de hecho el espíritu se pasma a la presencia de las portentosas ruinas, la mente queda pendiente ante la contemplación de la llamada «Puerta del Sol», pesadilla de arqueólogos, inspiración de estetas, emporio de motivos para orfebres, imán de turistas, en suma, admiración del mundo. El coronamiento tiene cuarenta y ocho figuras antropomorfas y zoomorfas, grabadas



en bajorrelieve, dispuestas en tres franjas, a ocho cada una en ambos costados. Al centro, en la parte superior y sobresaliendo, el ídolo principal cuya cara está en alto relieve, tiene su cabeza circundada por veinticuatro rayos. Las manos, empuñadas, mostrando sólo dos dedos y el pulgar, portan cada una un cetro o estólicia. El pedestal está ornado con el «signo escalonado», que tiene al pie como última franja, una decoración de testas de aves de rapiña, sirviendo de marco para diez y seis cabezas circundadas también por rayos convencionalizados. El vano, cuadrangular, es más angosto en el dintel. A ambos lados hay sendos nichos simétricamente colocados.

He aquí algunas interpretaciones:

*Alcides D'Orbigny.*—La figura central representa al jefe supremo de la metrópoli, a la vez sacerdote, jerarca militar y gobernante, rodeado por los jefes de los países sojuzgados e incorporados a sus dominios, quienes le rinden vasallaje.

*Conde Francis de Castelnau.*—La figura central posiblemente representa el Sol, emblema de unidad. Es adoración que hacen los romeros al Sol.

*Leoncio Angrand.*—La figura central tiene la cara cubierta por una máscara, como representación de la potencia universal, el alma y la esencia del mundo, el dios Sol, generador y productor.

*Carlos Wiener.*—Hace una descripción minuciosa del ídolo central, con más la presencia significativa de las demás figuras. Predomina el aspecto sagrado.

*Belisario Díaz Romero.*—Está representada una escena mítica-astronómica. El Dios Sol empuñaría el doble cetro del calor y de la luz, con que vivifica el mundo de su dominio; a sus costados corren hacia él los demás astros sus subalternos o planetas, personificados bajo la figura de reyes alados.

*Arturo Posnansky.*—Tiene significación mítica-astronómica. En el jeroglífico central se ha querido expresar la idea principal

de un año del calendario solar, con sus doce meses de tres semanas decimales o seis de cinco días: los equinoccios y solsticios.

*Francisco G. Prada.*—Representa un calendario astronómico, pero lunisolar. Distinguió los símbolos con que se representan los solsticios, dispuestos en los dos extremos opuestos: figuras humanas que tocan la corneta indicando que ha llegado el momento en que el sol debe tomar su nuevo rumbo de regreso en el ciclo anual.

*Coronel Federico Diez de Medina.*—Representa un fausto pasaje guerrero-religioso de los conquistadores kolla-aimaráes, cuyos caudillos rinden homenaje al Jefe Supremo militar civil y sacerdote, después de regresar de una victoriosa campaña.

*José María Gamacho.*—No sólo representan los grabados ciertos principios míticos para elementos cultos, sino también para el mismo pueblo, en vista de persistir los motivos tanto en tejidos como en cerámicas, estatuas o en simples losas.

*Edmund Kiss.*—Representa un calendario astronómico lunisolar. No considera como meses a las doce figuras; sería una división del año en doce «duodécimas», que corresponderían cuando más a las fases zodiacales del año solar de cualquier tiempo.

*Alfredo Sanjinés.*—En la Portada «se ve al Dios Sol con los cetros del Universo, manejando las fuerzas y energías exteriores del mundo y regulando la mecánica celeste. La Deidad se halla sobre el símbolo del elemento «tierra», cerrado herméticamente por el mismo signo escalonado, que en ese símbolo representa también los tres estados de la materia caótica que en el interior de la tierra se hallan libres de la influencia solar. Diez serpientes representan las fuerzas que elaboran los elementos aptos para ser fecundados por el Sol y constituir el material de la vida».

*F. Cossio del Pomar.*—«...la Puerta del Sol, con su extraña iconografía de ritmo geométrico con el convencionalismo de las cuarenta y ocho figuras alineadas en sus frisos, dinámicas, en posición de acatamiento hacia el estatismo arcaico de Wira-Ko-

cha, al Ser Supremo, es la afirmación omnipotente del ortogonal, la representación del orden cósmico, síntesis del hieratismo ideológico de una cultura labrada en metal, en piedra, en madera, en barro policromado y en tejidos ornamentados».

*Leo Pucher.*—Concibe que las figuras estilizadas, representan a seres terrestres vivientes con existencia metafísica supuesta en el firmamento o Cosmos. Las cabezas de aves de rapiña son testas de «acchi» o dominico; los motivos geométricos, el fruto del «tarwi», una leguminosa. Algunas cabezas antropomorfas y zoomorfas, son estilizaciones de un lepidóptero que llegado a mariposa, aparece manifestado en los ojos del personaje central.

Los motivos de la Portada, representando productos agrícolas andinos, sus plagas y los exterminadores de éstas, exhiben una dramatización. Los monumentos fueron erigidos para perpetuar la memoria de un azote: la gigantesca invasión de ciertos lepidópteros en los papales y la destrucción de la plaga mediante el dominico, así como por otros recursos.

*Del folklore indígena.*—Es el monarca que golpeando a diestra y siniestra con sus estólicas, se defiende de cierta hostil irrupción que le hicieron jefes complotados de naciones confederadas.

Como se ha venido constatando pacientemente por los investigadores, al estudiar las cosmogonías y teogonías en los países de cultura milenaria, éstos han creado y usado emblemas y símbolos, tanto esotéricos como exotéricos, con determinadas características, destacándose los signos expresados mediante números y figuras geométricas. ¿Por qué Tihuanacu tendría que ser excepción de un caso universal? Se debe a Posnansky, incansable escudriñador, el descubrimiento de lo correspondiente a Tihuanacu, en vista de persistir cierto signo en Portada, vasos, tejidos, zahumadores, cerámicas y en motivos ornamentales de toda clase, puesto en zig-zag, designado «el signo escalonado», que adopta diferentes formas, incluso al aparecer en las partes



lejanas de América y aún de Asia y Oceanía, proyección ortogonal que tendría su nacimiento y su base ideológica en los andenes (*patapatani*) o terrazas agrícolas, concepción que comprendería desde la Tierra que cultivada proporciona al hombre manutención, vida, va ascendiendo gradualmente hasta concebir en la altura infinita el Cielo y un camino de perfección en la labor permanente de campo y ciudad, que nos recuerda los dos triángulos enlazados con el punto en el centro, los Seis cuya esencia es el Séptimo, piedra básica del Cosmos objetivo, Cielo Tierra, Hombre («abajo es lo que es arriba»). El Signo Escalonado no tendría, pues, simple función decorativa, sino significación profunda. No está bien justificada la reserva, al negar que los hombres de Tihuanacu fueran capaces de elaboración mental superior, si las huellas dejadas prueban que han sido elementos dotados de un especial sentido de la vida.

¿Qué enseñan y sugieren los despojos pétreos?

Desde el incario, como ya vimos al principio, construcciones e ídolos inspiraron admiración. Los peninsulares los describieron y acerca de ellos inquirieron a los pobladores circunvecinos, que no eran precisamente descendientes directos de los constructores. La emancipación del mundo americano iba a recibir en el campo milenario, especial homenaje en nombre del triunfo ideológico, a la vez que guerrero. Refiere Rey de Castro que cuando pasó por Tihuanacu el Mariscal de Ayacucho, admiró las ruinas, muestras de pasada cultura e indicó a las autoridades el deber de conservarlas, sin dificultar su estudio a los que allí asomaran. E indicó que a la Portada se le diera una posición adecuada. Juan José Castelli, jefe de las tropas auxiliares argentinas, celebró allí el primer aniversario de la independencia de su país, el 25 de mayo de 1811. Para el efecto congregó a gauchos, negros, cholos, artesanos y a los indígenas altiplánicos. Y dice Ricardo Rojas al rememorar el hecho, que allí, «desde lo más alto de aquellas rocas mutiladas, que fueron trono de la vieja dinastía

y ara del viejo culto, proclamó Castelli ante las tribus y las legiones de la patria, la liberación del territorio y la igualdad de los nuevos hombres americanos que venían a continuar, en la historia, la interrumpida empresa del indianismo».

Cuando el General Bartolomé Mitre, desterrado, primero por Rosas, de su país, y luego por Belzú, pasaba en 1848 hacia el Perú, al detenerse en Tihuanacu, contempló con especial arrobamiento aquellos vestigios de reciedumbre en la voluntad de quienes dirigieran y en la capacidad artística de los operarios. Llámale la atención más fijamente la «Puerta del Sol», que ya por entonces estaba en pie. El estupendo peso de los monolitos, su construcción, con más el sentido artístico, le sugiere el recuerdo de las Pirámides. Y expresó después: «Guiándonos en nuestras investigaciones arqueológicas por el resplandor incierto de estas luces crepusculares, podremos, entonces, percibir en la penumbra del tiempo la sombra vagorosa de una sociedad de oprimidos, gobernada por la fuerza, en que la máquina humana, sin impulso propio, concurriría a un resultado cooperativo, en un trabajo largo y paciente, amasando con sudor y consangre los cimientos del templo, que representaba la creencia y el ideal de aquella raza y la autoridad soberana de aquella sociabilidad muerta y destinada fatalmente a morir».

Las aseveraciones de Mitre, liberal, discípulo de los postulados de la Revolución Francesa, se repetirían, aplicadas al marxismo, en 1877-78—naturalmente que sin ninguna comunicación con lo escrito por el ilustre argentino—por F. Engels en su «Anti-Düiring». El autor, refiriéndose a la institución de la esclavitud como forma predominante de la producción mediante prisioneros o esclavos, manifiesta: «Sin esclavitud, no podría concebirse el Estado griego, ni podrían concebirse el arte ni la ciencia de Grecia; sin esclavitud no hubiera existido el Imperio Romano. Y sin las bases del helenismo y del Imperio romano, no hubiera llegado a formarse la moderna Europa». Y concluye: «... pode-

mos legítimamente afirmar que sin la esclavitud antigua no existiría el socialismo moderno».

Tenemos que observar, sin embargo, la relatividad de tal tiranía para la obra, pues en los regímenes primitivos, teocráticos, patriarcales, no todo era violencia en el esfuerzo demandado, pues los gobernantes eran jefes de religión, sacerdotes, a la vez que mandatarios. Fué fuerza aplicada en sentido de un ideal comprendido. Disciplina con grandes renunciamientos. No existía la libertad individual en la forma como la concebimos hoy. Así también ahora quedan en pie las grandes catedrales del mundo moderno, como los palacios, como toda obra destinada a perdurar. Así pudo ser también con Tihuanacu. Pero la eventualidad negativa del Cosmos impidió la supervivencia de empresa tan gigantesca.

No obstante la efectividad de las etapas, lo hecho en el período de apogeo obedeció a un plan debidamente meditado, firme, de rigurosidad matemática, llevado a su realización a través de mucho tiempo empleado en empeños heroicos. Los hombres respondieron a los imperativos. Perseverantes, eficaces en su política de poder, fueron los gobernantes. Precisos, capaces, diligentes, de disciplina obligada o no, los artistas y obreros. Ganaban distancias para los materiales. Suplían deficiencias para la exactitud en su trabajo. Tenían espíritu geométrico. Y mucho quedó inconcluso por acción devastadora del agua en violenta irrupción, y de grandes conmociones. Para quienes regresaron después al solar nativo de los mayores, seguramente la existencia les deparó otro destino.

¿Cómo no concebir que los grandes dirigentes de aquel país de arquitectos y artistas tuvieran pensamiento filosófico, si orientaban al pueblo mediante símbolos? ¿No admira ver que los diversos motivos, tan abundantes, son *estilizaciones*, no copias? ¿Por qué si manejaban magistralmente sus instrumentos, no produjeron esculturas exactas a los modelos y, al contrario, re-



currían a presentar las estatuas en un sentido de profunda introspección, con las estólicas en ambas manos?

Y el pueblo aquel ennoblecía la vida decorando prolijamente todos los utensilios, tejidos, portadas, vasos, cerámicas, con motivos convencionalizados. ¿Qué se puede decir de elementos que construían sus viviendas con piedra resistente y la labraban con ornamentos especiales, cuyos símbolos los tenían siempre ante la presencia de sus sentidos?

Es que había una visión de perennidad. No podía morir sino mediante grandes conmociones cósmicas un pueblo que buscaba solidez, estabilidad en sus construcciones, con materiales que desafiaban al tiempo. Sabían soportar todas las inclemencias, difumaban sus pesares. Gozaban con la conclusión de sus empeños. Si ellos se sabían de vida breve, querían para la prole y los sobrevivientes la comodidad y con ella, la confianza.

Quien contempla los despojos se enfrenta con una eternidad. Hay trayectoria de acción desde los tiempos oscuros (*chamajpacha*) y el hombre boliviano en crisis—por su desvinculación con la edad remota y con la tierra—dista mucho de estar en realizaciones a la altura del tihuanacota. Los ojos hieráticos de la figura central en la Portada, nos piden mirar hondamente al futuro sin perder de vista el pasado. Para el país que tuvo como ascendiente a los constructores de Tihuanacu, prescripción vigente era y es, el perseverar en la orientación de varonía legada por los fundadores. Orgullo bien cimentado el participar de tal herencia, pero apareja consigo la reciprocidad de un compromiso: mantener la trabazón del esfuerzo colectivo; corregir los equívocos que el sino trágico depara y volver a empezar con fe todas las veces. ¡Cómo ha miles de años, están enhiestas las pilastras de Kalasasaya!

Piedras labradas, cerámicas, tejidos, objetos de arte exigen su continuidad. El folklore se hace presente con relatos transmitidos desde luengas edades, con leyendas, cantos, danzas. Así reconstruyeron algo los hispanos, pero utilizándolo en bene-

ficio de la conquista. Hoy orfebres y artesanos salidos de las esferas populares, aprovechan en sus trabajos, diversos motivos de los bajorrelieves. Indias tejedoras sabían antaño ofrecer magníficos aguayos o llicllas, manufacturados con deleite estético. La obra popular, inspirada en el legado tradicional, glorifica a la nación, hermanándonos con las demás partes de América, porque se juntan en un todo armónico al considerar el común esfuerzo por igual origen. Es la obra espiritual que de nacional se trueca en continental para trascender al mundo entero.